

plán

PRECIO E° 1

AÑO I N° 1

MAYO 1966

**Frei tiene un enemigo •
neogorilismo católico
el Caribe por dentro •**



**la guerra del carbón • el
último Sartre • qué hacer
con la cultura • el silbido**

Política Latinoamericana Nueva

por ANDRE GISELBRECHT

Por necesidad de justificar mi existencia, había hecho un absoluto de la literatura. Han sido necesarios treinta años para desembarazarme de este estado de espíritu.

Cuando mis relaciones con el Partido Comunista me permitieron tomar la distancia necesaria, decidí escribir mi autobiografía. Quería demostrar cómo un hombre puede pasar de la literatura, que consideraba sagrada, a una acción que, sin embargo, sigue siendo la de un intelectual.

En "Les Mots" explico el origen de mi locura, de mi neurosis. Este análisis puede ayudar a los jóvenes que sueñan con escribir. Es ésta, sin duda, una aspiración bastante extraña y que no viene sin producir desgarramientos. El niño que sueña ser campeón de box, o almirante, o astronauta, elige lo real. Si el escritor elige lo imaginario es porque confunde estos dos ámbitos.

—Al leerlo, se diría que usted lamenta haberse visto obligado a elegir la literatura.

Sartre. — Es un hecho que en 1954 estuve muy cerca de lamentarlo. Era un neófito en otro mundo. Durante casi cincuenta años había soñado mi vida. Ahora tengo sesenta. Pero, fíjese bien, hay dos tonos en "Les Mots": el eco de esta condenación y una atenuación de la severidad. Si no publiqué esta autobiografía antes y en su forma más radical, fue porque la juzgaba excesiva. No hay razón para arrastrar a un infeliz en el barro, por el solo hecho de que escriba. Por otra parte, había empezado a darme cuenta de que también la acción tiene sus dificultades y que la neurosis bien puede conducirnos a ella.

Uno no se salva por la política ni por la literatura.

—¿Qué es, entonces, lo que nos salva?

Sartre. — Nada. La salvación no existe en ninguna parte. La idea de salvación implica la idea de absoluto. Durante cuarenta años he sido movlizado por el absoluto, la neurosis. El absoluto ha partido. Quedan las tareas, innumerables, entre las cuales la literatura no ocupa ningún lugar de privilegio. En este sentido hay que comprender el "no sé ya qué hacer con mi vida". Ha habido un error sobre el sentido adjudicado a esta frase, en la que se ha percibido un grito de desesperación semejante a aquel "he sido estafada", de Simone de Beauvoir. Cuando ella emplea este término es para decir que reclamó a la vida un absoluto que después no pudo encontrar. Ambos tenemos el mismo punto de vista. No estoy más desesperado que ella. Por otra parte, siempre fui optimista. Hasta lo he sido en exceso.

—El primer universo sartreano, el de "La náusea", no era de ningún modo color rosado. ¿Ve usted ahora el mundo bajo una óptica diferente?

Sartre. — No. El universo sigue siendo negro. Somos animales siniestros... Pero bruscamente descubrí que la alienación, que la explotación del hombre por el hombre, la subalimentación, relegaban a segundo plano el mal metafísico, que es un lujo. Mientras que el hambre, ese sí, es un mal. En una oportunidad, un escritor soviético, oficial, me dijo: "El día que el comunismo reine en el mundo (es decir, el bienestar para todos), entonces comenzará la verdadera tragedia del hombre: su finitud". No es todavía el tiempo de descubrirla. Creo y deseo que el mal económico y social puedan remediarse. Con un poco de suerte, esta época puede conseguirlo. Estoy del lado de los que piensan que las cosas irán mejor cuando el mundo haya cambiado.

—¿Niega usted, entonces, el universo condenado de un Beckett?

Sartre. — Admiro a Beckett, pero estoy totalmente en contra suya. No busca ninguna mejora. Mi pesimismo nunca fue blando. Ya en la época en que escribía "La náusea" yo quería crear una moral. Mi evolución reside en que he abandonado ese propósito. En la actualidad, considero a "Les Nourritures Terrestres" como un libro espantoso. "No se busque a Dios sino en todas partes". ¡Vayan a hablarle de eso a un obrero, a un ingeniero! Gide puede decírmelo a mí. Es una moral de escritor que no se dirige más que a algunos privilegiados. Y es por esta razón que no me interesa. Primero, es necesario que todos los hombres puedan convertirse en hombres gracias al mejoramiento de sus condiciones de existencia, para poder entonces elaborar una mo-

(SIGUE EN LA PAG. 10)



Bertold Brecht: La realidad no es normal.

A menudo se produce un desajuste entre el gusto del pueblo y el de algunos dirigentes revolucionarios o funcionarios de la cultura, y el movimiento real, en profundidad, del arte. Este es un peligro que debe evitar todo partido revolucionario: imponer el gusto de tal o cual dirigente, que en pleno siglo XX, puede estar aún en el siglo XIX, porque la clase dominante vencida deja tras sí hábitos y gustos que sobreviven.

Es, pues, necesario subrayar fuertemente que no existe revolución del pensamiento sin revolución en la técnica y los medios de expresión. Es muy importante poseer la verdad, pero cuando no se ha encontrado el medio más eficaz para difundirla, nada se ha logrado. En otras palabras, el arte sin una forma adecuada a su contenido no es realmente arte. Esto lo demuestra el hecho de que los grandes artistas revolucionarios, han buscado siempre medios de expresión nuevos para llevar ante el público el mensaje que quisieron transmitir. Por ejemplo, Brecht utilizó ciertas técnicas que tienden a impedir que el espectador de teatro considere la realidad que contempla como algo normal, tan habitual y cotidiano, que ya no se ve —por ejemplo, la miseria en cierto teatro naturalista. Por el contrario, Brecht quiere llevarlo a sentir que eso le concierne y le humilla. ¡Las relaciones humanas en la sociedad en que vive están de tal modo separadas, son tan extrañas y escandalosas!

Creo que el arte, en tanto que movimiento revolucionario, debe jugar la carta de la sorpresa y debe atacar, y por ello habrá siempre un realismo crítico en la sociedad socialista: siempre existirán, por un lado los que aprueban y por el otro los que satirizan.

Por otra parte, no debemos olvidar que hemos llegado a un estado de la sociedad, en el cual la complejidad de los problemas es tal, los niveles de sensibilidad son tan diversos, el fragmento de realidad que puede abarcar el individuo solo —quiero decir, abarcar por experiencia personal— está de tal modo limitado, que ningún artista de hoy puede dar una visión global de la realidad. Por tanto, la categoría de

totalidad que emplea, por ejemplo Luckacs, es más bien una totalidad hegeliana que marxista, que da la prioridad en arte al fresco épico, en detrimento del análisis en profundidad del detalle, experiencia parcial, y es por tanto una categoría que no está ya a la altura de las exigencias de nuestro tiempo.

Han existido grandes artistas partidarios del arte por el arte, pero para ellos esa fórmula no era nada más que un mal necesario, porque carecían de un público con el que sin embargo soñaban. Pero la revolución cultural que realiza el socialismo, conquista poco a poco a ese público y la teoría del arte por el arte deja de tener razón de ser. Yo no la condeno, puesto que le reconozco justificación histórica en el pasado, pero actualmente carece de justificación.

Dicho de otro modo, el partido revolucionario debe tener una política cultural. Decir que tiene una política cultural, no significa automáticamente que se va a imponer determinada concepción a los artistas, o que se les va a prohibir realizar determinados ensayos experimentales. En otras palabras, que la política cultural implica el peligro de un dogmatismo, que puede caer en él, pero que esto no es fatalmente inevitable. No se trata de dogmatismos, se trata simplemente de integrar el movimiento artístico de hoy en la revolución cultural que se lleva a cabo en el socialismo y que, evidentemente, comienza con la alfabetización para terminar abriendo, para todos, los museos, los teatros, las salas de concierto. Pero mientras esas salas de teatro permanezcan vacías, carentes de un público que sea no solamente capaz de comprender, sino de interesarse en ese arte, faltará algo en el mundo artístico de la sociedad socialista. No creo que la solución consista en saltar el obstáculo, quemar las etapas, y llevar, por ejemplo, los cuadros de Chagall al medio de la calle y a todas partes. Me parece mucho más eficaz familiarizar al niño de la escuela primaria con el gran arte universal. La educación artística escolar me parece una solución, evidentemente a largo plazo, pero no creo que haya otra.